



EL COCO ENAMORADO

Había una vez, un señor muy particular que viajaba continuamente por todas partes, vendiendo diversos objetos exóticos. Estos productos los conseguía en los pueblos a los que visitaba y en cada lugar siempre lo trataban bien y apreciaban. El hombre a su vez era muy dado y divertía a todos con sus historias absurdas de cómo adquiría los productos, hasta el punto de convencer a los compradores de que lo que se llevaban eran objetos maravillosos y que les iban a durar por siempre.

Una tarde, mientras promocionaba la venta de unas pócimas que, según él, poseían las esencias del amor eterno, le deslumbró la presencia de una bella mujer con el pelo enjuagado que caminaba despreocupada. El hombre entabló conversación con la muchacha y, rápidamente, los dos se sintieron atraídos. Ella se llamaba Sofía y era la hija de un vendedor que era propietario de casi todos los locales del pueblo. Los pescadores del pueblo, que jugaban el secreto papel de vigilantes de los pasos de la muchacha, al darse cuenta de que Sofía era atraída cada vez más por las frases pomposas del hombre, alertaron al papá de Sofía de lo que sucedía.

Cuando el vendedor apareció como de costumbre con sus chistes y sus productos seleccionados por su particular visión, se precipitó feliz a saludar con canciones a su amada. Pero, esta vez, se encontró frente a la presencia de su enojadizo padre y competidor. Rápidamente, el padre se interpuso entre los dos y con fuerza le dijo al enamorado:

—Aquí el que vende soy yo —dijo mientras lo miraba severamente a los ojos—. Mi hija no es como esas baratijas que usted promociona. Así que puede irse con su música a otra parte, antes de que tengamos problemas.

Y así, sin agregar más, se fue con Sofía para la su casa en la otra orilla del río en donde quedó resguardada la doncella por un caudaloso río. La casa donde estaba Sofía, era casi inaccesible para la mayoría porque estaba del otro lado del río que ostentaba fuertes corrientes.

A pesar de la advertencia, el hombre no se resignaba y pasaba todos los días para mirar dónde se encontraba la hermosa casa de su enamorada. Pero, repetimos, no era tan fácil visitarla porque, hacia la mitad del río había una fuerte correntada que arrastraba cualquier cosa que se acercara. Ni los pescadores se animaban a cruzarlo. Pero el hombre se había puesto de acuerdo con Sofía para que, cuando ella saliera a tomar aire a la orilla, él cruzara a nado para visitarla.

Para el hombre nada era irrealizable si eso incluía a su amada. Y, ante la incredulidad de todos los que estaban viendo la escena, atravesó aquella fuerte corriente que te



llevaba, vaya a saber a dónde. ¿Cómo? ¡Imposible! Pero fue verdad: cuando el hombre se metió al agua, su cuerpo se llenó de escamas, sus brazos se convirtieron en patas y sus piernas se transformaron en una cola gigante. De su boca brotó de repente una inmensa hilera de dientes muy puntiagudos. Los que veían esa escena, se refregaban sus ojos hasta que se convencían de que ese hombre se había convertido en un cocodrilo.

Ahora sí, transformado en reptil de río, el hombre atravesó sin problemas la feroz corriente que todo lo arrastraba y, luego de violentos chapoteos, llegó hasta donde estaba su amada, que lo esperaba con muchas ganas en la orilla para ir a pasear por el monte y admirar la bella naturaleza que por allí crecía.

Y así pasaban los días, el hombre (ahora lo llamaban "el Hombre Coco") venía, comía algo como para llenar la panza, y se lanzaba en su viaje reptil al encuentro de Sofía. Esta visita permanente fue poniendo en alerta a todos los pescadores cercanos al lago que no le gustaba para nada esta relación, además, de que también le tenían miedo a la reprimenda del papá de Sofía.

Pero, bueno, como el Hombre Coco era tan rápido que nadie lo podía siquiera ver cuando se lanzaba al agua, nadie hizo mucho por evitar los encuentros. Hasta que una mañana, uno de pescadores alcanzó a percibir la cola desenfrenada rompiendo la correntada. De inmediato, fue corriendo a juntar voluntarios para intentar atraparlo. Pero todos los esfuerzos para agarrarlo eran fútiles porque, o bien no se podían acercar a la correntada; o bien, el Hombre Coco era tan rápido que ni llegaban siquiera a olerlo. Mientras más obstinados se ponían para atraparlo, más ágil se volvía él para llegar hasta la orilla, incluso más rápido. Sofía lo esperaba siempre alegre y con unas galletitas para saborear.

Pero el papá de Sofía, totalmente desbordado por su orgullo y la bronca que le daba la desobediencia de sus órdenes (no estaba acostumbrado), ubicó con exactitud el sitio por donde el Hombre Coco solía nadar y organizó un cerco para atraparlo. Una mañana, un buen número de pescadores navegaron afanosamente por los parajes, buscándolo sin descanso.

Mientras esto sucedía, el Hombre Coco se escabulló sin que nadie lo notara por entre los tumultuosos juncos del agua. Como era muy inteligente, se echó al agua mientras todos estaban en su búsqueda por otro lado del río. Nadó agitadamente hasta el barco del papá de Sofía y, de una, le destrozó toda la mercadería que encontró.



Mientras veía a sus captores esperar del otro lado, el Hombre Coco buscó a su amada que lo esperaba como siempre en el muelle. Y allí, Sofía lo miró a los ojos de caimán y le dijo:

—Estoy cansada de la severidad de mi papá que no me deja hacer lo que a mí me gusta. Me gustaría que nos vayamos lejos de acá.

—Listo, no se diga más —dijo el Hombre Coco—.

Entonces, acomodó suavemente a Sofía sobre su espalda y, cuidando su comodidad, se alejaron en silencio atravesando las duras corrientes del río. Nunca volvió a saberse de ellos.

Aunque las leyendas cuentan que viven muy felices río arriba y que juntos salen a pasear por los pueblos vendiendo las baratijas que recolectan en los pueblos de la zona. Eso sí, siempre evitando encontrarse con el severo papá de Sofía.